AMOR, IGLESIA, ABUSOS

MIGUEL GARCÍA-BARÓ

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

RESUMEN:

Análisis de la multiplicidad de las formas de abuso, desde el abuso espiritual y de conciencia al sexual, junto con una breve historia de la reacción actual de la Iglesia católica frente a esta plaga que la azota. Se muestra cómo es parte esencial de esta reacción hacia el futuro la transición de una Iglesia clericalizada a otra sinodal.

PALABRAS CLAVE:

Abuso espiritual, abuso sexual, malos procedimientos de su represión, esperanza en una futura iglesia sinodal.

LOVE, CHURCH, ABUSE

ABSTRACT:

Analysis of the multiplicity of forms of abuse, from spiritual abuse and abuse of conscience to sexual abuse, along with a brief history of the current reaction of the Catholic Church to this scourge that plagues it. It shows how the transition from a clericalized to a synodal Church is an essential part of this reaction towards the future.

KEYWORDS:

Spiritual abuse, sexual abuse, bad procedures of its repression, hope for a future synodal church.

Recibido: 15/08/2023

Aceptado: 20/09/2023

Está claro que, ante estas abominaciones, la Iglesia no se cansará de hacer todo lo necesario para llevar ante la justicia a cualquiera que haya cometido tales crímenes. La Iglesia nunca intentará encubrir o subestimar ningún caso. Es innegable que algunos responsables, en el pasado, por ligereza, por incredulidad, por falta

de preparación, por inexperiencia –tenemos que juzgar el pasado con la hermenéutica del pasado o por superficialidad espiritual y humana han tratado muchos casos sin las debidas seriedad y rapidez. Esto nunca debe volver a suceder. Esta es la elección y la decisión de toda la Iglesia.

PAPA FRANCISCO

Quizá entre esas motivaciones para crímenes que el Papa dice reiteradamente que no prescriben, habría habido que nombrar también la perversidad o la debilidad ante el chantaje... En todo caso, hay que comprobar que estas palabras del Papa se corroboran en la acción de los miembros de la Iglesia. Algunos con responsabilidades de autoridad han declarado también en España, muy recientemente, que es bueno que se hayan creado órganos de análisis externo a la propia Iglesia, que deben intentar esta evaluación.

Disponemos ya de la suficiente bibliografía como para presentar, antes incluso de tener el análisis de la recogida de testimonios en las oficinas del Defensor del Pueblo, un esquema global referido al diagnóstico, las causas de lo que él encuentra y las vías de posible superación del terrible fenómeno del abuso dentro de los ámbitos de la Iglesia católica. De aquí las páginas que siguen.

I.

Ya no es tiempo de hacer correcciones lingüísticas, pero se debe empezar señalando que la palabra “abuso” es muy incorrecta (y lo es en todos los idiomas que nos son próximos: *Missbrauch*, por ejemplo; mejor el francés *harcelement*, aunque connota algo normalmente más débil que lo que se quiere decir con “abuso” en este contexto). No hay un uso correcto y un abuso correspondiente, sino que de lo que se trata es de *agresión* en diversos grados de violencia y de daños consecuentes.

Un segundo punto lo expresaré con las muy justas palabras de Geneviève Comeau: “Es normal que una institución intente protegerse; pero la Iglesia no es una institución cualquiera: su responsabilidad es el Evangelio, la Buena Noticia para los pequeños y los pobres; no tiene su centro en ella misma. Optar por proteger a sus “cuadros” en detrimento de los

más pequeños es olvidar su vocación”.¹ Con mucha más dureza se expresa Daniel Portillo, que habla de *eclesiopatía*, “que evidencia la responsabilidad institucional de todos aquellos que somos parte de la institución [él es sacerdote diocesano]. El abuso no solo lo comete el agresor sexual, sino también una Iglesia negligente, permisiva y silenciosa, que permite o, al menos, tolera el abuso”.² Lo mismo dice ya el título del libro pionero en España, *Víctimas de la Iglesia. Relato de un camino de sanación*, de José Luis Segovia, Javier Barbero y una testigo anónima [2016].³ Téngase en cuenta que no hubo castigo civil a Marcial Maciel ni al cardenal Law. La situación ha evolucionado en la realidad sobre todo a propósito del tremendo escándalo que condujo en 2018 a que todos los obispos de Chile presentaran sus renuncias al reconocer que tenían todos algún grado de involucración en el caso Fernando Karadima. Todos ellos están siendo investigados por la justicia del Estado, y siete se encuentran directamente acusados de agresiones sexuales –junto a noventa y seis presbíteros–. (Incluso alguno entre los que se revolvieron contra Karadima era por su parte un abusador...).

2.

Hay una inmensa enfermedad que impregna la sociedad entera y cuya historia desconocemos. Es de suponer que pervive desde siempre y que solo sufre cambios en su relativa visibilidad y en la reacción general que suscita ella misma. Esta enfermedad es la del sometimiento anímico, espiritual y físico de una parte muy grande de la sociedad a un conjunto también muy grande de depredadores de almas, espíritus y cuerpos. Los vulnerados han sufrido sus heridas no porque hubiera en ellos alguna característica que los reuniera en la clase de los vulnerables, sino como consecuencia de las muchísimas situaciones de desequilibrio, de disimetría que se producen en las relaciones cotidianas, en especial en cinco órdenes:

-
- 1 “Mettre les victimes au centre de la pratique et de la théologie de l’Église: cap. 2 del libro *J’écouterai leur cri. Cinq regards de femmes sur la crise des abus*. Éditions de l’Emmanuel, París, 2022. P. 52. (Todas las traducciones son de M.G.-B. salvo cuando se indica otra cosa).
 - 2 “Iglesia y prevención. Hacia una teología de la prevención”: cap. 1 de *Teología y prevención. Estudio sobre los abusos sexuales en la Iglesia* Daniel Portillo, ed. Editorial Sal Terrae, Maliaño, 2020. P. 13.
 - 3 PPC, Madrid, 2016; reeditado en 2022.

la familia (en múltiples direcciones), las instituciones educativas, los grupos políticos, las instituciones económicas (las empresas) y las iglesias.

Es muy impresionante que siendo, por ejemplo, en 2019, 6.153 los menores que fueron objetos de delitos o faltas contra su libertad sexual –un incremento del 85,2 % respecto de diez años antes–, en las evaluaciones del Centro de Investigaciones Sociológicas no aparezca esta cuestión ni entre las sesenta y seis que más preocupan a los españoles. Para Europa en general, ya en 2013 se computó que 12,5 % de los varones y 20,8 % de las chicas sufrían ataques de esta naturaleza. Otro dato suministrado por la Fundación ANAR empeora el panorama de la realidad: solo el 43,3 % de los menores que se han puesto en contacto con ANAR denunciaron o tenían intención de denunciar. Esta misma Fundación encontró que solo en el 0,2% de los casos el abusador era un clérigo. (La teóloga chilena Sandra Arenas aduce muy alarmada el dato de que el 40% de los casos de pederastia eclesial “son latinoamericanos y refieren a abusos cometidos en el posconcilio”).⁴

Desde muy pronto de la ascensión al papado de Francisco, la reacción de la Iglesia católica ha pasado de la mera defensa a la llamada ahora proactividad, al menos en los medios oficiales jerárquicos supremos. En 2014 se creó, formando parte de la Curia romana, la Comisión Pontificia para la Protección de los Menores, en 2019 se celebró el sínodo sobre «La protección de los menores en la Iglesia» y en abril de 2022 se ha procedido a la actualización dentro del Código de Derecho Canónico del *Vademécum sobre algunas cuestiones procesales ante los casos de abuso sexual a menores cometidos por clérigos*. También en 2022 se ha dado un avance realmente significativo: el Papa ha pedido a la Comisión Pontificia que acabo de mencionar que elabore un informe anual que se refiera a las iniciativas de la Iglesia para prevenir los abusos y a qué debería aún ser cambiado. La Conferencia Episcopal Española, tras empezar por negarse, puso luego en pie también su comisión de investigación, como lo han hecho muchas congregaciones de religiosos. Y a partir del *Motu proprio* papal *Vos estis lux mundi*, de abril de 2019⁵, se ha hecho obligatorio disponer de una oficina de denuncias y de atención a víctimas en cada diócesis –también, evidentemente, en España–.

4 “Desclericalización: antídoto para los abusos en la Iglesia”: cap. 5 del libro citado en nota 2. P. 128.

5 Segunda versión en marzo de 2023.

Aun siendo la pederastia el aspecto más repugnante de esta plaga social, el abuso de poder, de conciencia y de espíritu es un fenómeno omnipresente en la práctica y está en el origen del frecuentísimo abuso sexual a personas en cuya mayoría de edad legal ve el sistema jurídico la realidad de un consentimiento que las hace pasar de víctimas a cómplices, mientras que asegura no solo la impunidad jurídica, sino incluso muchas veces la absolución moral a los abusadores, manipuladores y victimarios. La consecuencia es que hay una cantidad terrible de abuso real, genital o no, que clama en sus víctimas por una denuncia que en la práctica del derecho (canónico o del Estado) suele ser imposible y que encima es condenada por presuntas razones morales en el mismo momento en que se expresa; y ello en todos los ámbitos, pero muy especialmente en el familiar y el eclesial, debido a que ambos tienen una relación directa y esencial con el espíritu. En consecuencia, un porcentaje tremendo de abusos de conciencia y sexuales sobre mayores de edad resulta, cuando intenta manifestarse, revictimizado de modo por lo menos tan doloroso como fue el abuso mismo. Grupos como Repara (archidiócesis de Madrid), Betania y los proyectos diocesanos de asistencia a víctimas y denuncia que ya funcionan, asisten en estos casos a las víctimas sin apenas posibilidad de lograr un cambio profundo en la realidad sistémica del abuso, y no es infrecuente que se sufra la desilusión de esta impotencia. Continúa la impunidad, continúa la revictimización, se multiplican los casos de las llamadas víctimas secundarias. Los sistemas que propician el mal resisten indemnes por lo general. (No olvidemos que la revictimización también suele producirse en las denuncias por pederastia, aunque aquí, al menos, no ya la posibilidad, sino la obligación legal de la denuncia es un muro de protección, reforzado por la dilatación reciente de los períodos de imputabilidad del pedófilo. Y no podemos dejar en este punto sin mención el asombro triste que causa el regreso esporádico, en la boca de personas con altas responsabilidades, de la posible impunidad del abuso pedófilo en nombre de la presunta libertad sexual del consentimiento de un menor. Esta fue una polémica de los años 70 cuya superación, o eso creíamos, es (o era) uno de los pocos síntomas claros de avance social o sistémico en la problemática de los abusos. Los nuevos fenómenos de violencia sexual entre menores están, por otra parte, exigiendo nuevos métodos de asistencia; pero aquí, dada la sexualización salvaje y no reprimida de todos los niveles de edades, se abre una perspectiva espantosamente sombría para

el próximo futuro. Quienes se enfrentan a los abusos podrán pasar a ser considerados unos inquisidores dementes, un resto del pasado de represión clerical, precisamente).

Por otra parte, como lo ha expresado recientemente de modo conciso y clarísimo Fernando García Sánchez, provincial de los salesianos, que se dio cuenta de que “por muy buena voluntad que pusiéramos, las congregaciones no podíamos estar directamente en la solución de este grave asunto, porque para muchas de las víctimas éramos parte del problema”.⁶ Lo mismo se debe decir de las demás instituciones que la misma Iglesia ha puesto en pie en este sentido: lo primero que tienen que lograr es alguna credibilidad. La menor quiebra en la sinceridad y la radicalidad de su propósito que dejen ver los encargados de esos proyectos los invalida y los vuelve incluso contraproducentes. En una entrevista de enero de 2022, Hans Zollner decía: “Como hemos visto en tantas partes del mundo, las personas ya no se fían de la justicia interna de la Iglesia, porque quieren entender, de fuentes independientes y objetivas, lo que ha pasado”.

El aprendizaje más claro y primero que se recibe en el trabajo en una pequeña institución como el Proyecto Repara es que el daño que sufren las víctimas de abuso sexual y abuso espiritual es de una profundidad y un dolor que no tienen punto de comparación con el sufrimiento que experimentan las víctimas de otros delitos. Aquí hay por todos lados vidas rotas; personas que han perdido la confianza en ellas mismas, en los demás y en Dios; cuerpos que no pueden entrar en relaciones directas con otros cuerpos; en definitiva, personas cuya existencia no parece tener apenas sentido para ellas mismas y no parece tampoco poder servir de auxilio a otras personas. En los casos más leves, desconfianza respecto de toda relación interpersonal, resentimiento sin dirección clara, depresión.

Hemos recogido una serie de declaraciones literales de víctimas de toda edad y todo tipo de abuso que no pueden ser leídas sin un sentimiento de consternación y angustia, redoblado cuando las estadísticas afirman que el 20% de la población mundial ha conocido el abuso sexual —y sabemos, como ya queda dicho, que suele ser, incluso en la pederastia, el final de una cadena de abuso de poder y de conciencia, cuando no también de abuso espiritual—.

⁶ “Aprendizajes vividos ante el fenómeno de los abusos en la vida religiosa”: *Revista CONFER* 61, 234 (abril-mayo-junio 2022), p. 209.

Hay, sin embargo, una capacidad extraordinaria de recuperación en las víctimas que han dado el paso crucial: reconocer que su situación mejoraría mucho con la presencia de otras personas. Haber conservado una zona de confianza posible en el otro es el punto de apoyo para que la escucha de su duelo o el tratamiento psicológico de su caso, siempre realizados con más atención al caso particular que a ningún protocolo preestablecido, tengan efectos admirables. El síntoma más esperanzador es que haya víctimas que pasan a ser escuchas acogedoras de otras víctimas, como de hecho se produce en Repara.

Repara está abierta a todas las víctimas de abuso sexual, sin excepción, y a todas las víctimas de abuso espiritual en ámbitos eclesíasticos, pero también a los abusadores. Sobre ellos consideramos importante una observación debida al sacerdote psicoanalista Jean-François Noel, quien en su libro de 2019 *Tous mes désirs sont devant toi. Plaisir, Église et sexualité*,⁷ sostiene que el pedófilo, diga él lo que diga, muy raras veces fue un niño objeto de abuso sexual, precisamente porque el desarreglo espantoso que introducen los abusos en la personalidad no es compatible con ningún narcisismo desarrollado. Y es que en los pocos casos de abusadores que han recurrido a Repara es infrecuente el arrepentimiento sincero, pero frecuente, como se ha observado ya muchas veces, la falta de él y de empatía por el dolor de las víctimas. El abusador, la abusadora son casos de personalidad narcisista llevada al extremo del pecado y/o de la enfermedad; no son precisamente personas oscuras y sin relieve y empuje social –dejamos ahora a un lado los abusos intrafamiliares–; más bien son líderes, quizá incluso especialistas eruditos en temas próximos al que estamos tratando. Por esto es evidente que la culminación de los procesos de recuperación de las víctimas en los encuentros de la llamada justicia restaurativa –algún autor prefiere hablar de justicia transformadora– no se puede proponer desde el principio como el ideal que hay que alcanzar. Seguramente serán escasos tales encuentros en este ámbito de victimización.

Repara sigue siendo, igual que otras instituciones afines, apenas conocida en la misma diócesis de Madrid.

Los cursos en tres niveles (sensibilización, formación y profundización) que Repara organiza –esperamos la suma a estos esfuerzos de los que pueda realizar una cátedra extraordinaria, en la Facultad de Educación de la Universidad Complutense, con el título *Pro-Tejer*, cuya fundación está

7 Éditions Salvator, París, 2019. P. 28.

en avanzado proceso— y que proponen para las instituciones eclesiales la obtención de un Sello Repara, con vistas a la prevención respecto del futuro son apenas un conato muy pequeño hacia una transformación que, a la vista de lo descrito, no puede no ser sistémica. Sin una renovación radical de la vida cotidiana real, dentro y fuera de los ámbitos oficialmente cristianos, el mecanismo de propiciación de los abusos no se puede desmontar. Continuaremos formando posibles narcisos y habrá que encomendarse a la Providencia para que no pasen jamás de la potencia al acto. No nos gusta emplear fórmulas tan vacías como estas, si no las acompañamos de propuestas concretas para ser llevadas inmediatamente a la práctica, pero es verdad que la formación del clero y la preparación de quienes vayan a tener responsabilidades jerárquicas en órdenes y movimientos tiene que ser considerada de nuevo con atención plena a lo que tienen de insuficiencia en el terreno de lo afectivo, de lo emocional, de lo sexual.

El más duro problema que se plantea es, en definitiva, la realidad de un dolor tan terrible que lleva a quien lo sufre hasta los bordes del escándalo, la desesperación y la autoinculpación.

3.

“La crisis de los abusos muestra que la Iglesia ha descuidado su componente humano”.⁸ Este juicio de Monique Baujard es incontestable. Intentemos entrar en su significado. Resulta, ante todo, complementario de la tesis que ha adoptado hace ya años el Papa Francisco, que se refiere al mal que ha hecho y sigue haciendo lo que llama él —me permito pensar que sin plena fortuna— el *clericalismo* como régimen cultural en la Iglesia católica; régimen que contamina, entre tantos otros factores, el ejercicio del poder en ella. Ya en 2018, en el informe *Sexueller Missbrauch an Minderjährigen durch katholische Priester, Diakone und männliche Ordensangehörige im Bereich der Deutschen Bischofskonferenz*, se decía que «el abuso sexual constituye siempre, también, un abuso de poder, y esto puede ser facilitado por las estructuras autoritarias y clericales de la Iglesia católica». En el amplísimo *Final Report* sobre instituciones religiosas de la Royal Commission into Institutional Responses to Child Sexual Abuse de Australia (2017) se señalan como factores de riesgo ya algunos teológi-

8 «Ce que la crise des abus sexuels dit de l'Église»: cap. 5 del libro citado en nota 1. p. 144.

cos –imagen patriarcal de Dios–; la cultura del clericalismo; la estructura de poder y la gobernanza de la Iglesia; las limitaciones del derecho canónico; el celibato; la selección y formación de los clérigos y ministros, y la cultura del secreto en la Iglesia. Páginas adelante, el clericalismo centra decididamente la atención de este texto.

En efecto, la distinción entre clérigos y laicos marca la vida de la Iglesia católica profundamente –y, desde luego, muy profundamente en España–. Se trata, por cierto, de una separación que no se halla en los comienzos de la Iglesia sino que ha devenido históricamente ya desde los primeros siglos de su triunfo histórico –entendiendo por tal el ascenso del cristianismo a religión oficial del Imperio Romano–. La distinción ha coincidido con la también tradicional pero no primitiva entre *Ecclesia docens* y *Ecclesia discens*, o sea, entre los que saben y tienen licencia para hablar y gobernar, y los que no saben sino que se limitan a aprender y dejarse organizar, a obedecer. En la *Vehementer Nos* de Pío X, en 1906, se decía lisa y llanamente que “esta sociedad es desigual por esencia, es decir, comprende dos categorías de personas: pastores y rebaño [...]; el deber de la multitud es dejarse gobernar y obedecer dócilmente las directrices de sus pastores”. Compárense estas viejas palabras con muchas de las más recientes del Papa Francisco. Ya este, en 2013, medio año después de su elección, decía en una entrevista en *L'Osservatore Romano*: “El clericalismo –ese deseo de señorear sobre los laicos– implica una separación errónea y destructiva del clero, una especie de narcisismo”. En 2019 precisaba que no hay que confundir “el *servicio* presbiteral con la *potencia* presbiteral... El ministerio entendido no como servicio, sino como promoción al altar”. *Servus servorum Dei*: la organización jerárquica de la Iglesia debería ser la de una pirámide invertida. El teólogo argentino Carlos Schickendantz constata, con una mezcla de melancolía y esperanza a pesar de todo, que “la Iglesia posee más argumentos que las actuales democracias para concretar procesos de consultas y garantizar, incluso jurídicamente, espacios de discernimiento común y elaboración conjunta de decisiones: su convicción acerca de que en todas las personas de buena voluntad obra la gracia de modo invisible”.⁹ (Las últimas palabras son cita directa de *Gaudium et spes*, Concilio Vaticano II).

9 “Mentalidades elitistas y clericalismo estructural. Algunas lecciones eclesiológicas que deja el caso chileno”: cap. 4 del libro citado en nota 2. P. 119.

El diagnóstico global de Sandra Arenas parece sumamente acertado: “Creemos que la preocupación por las relaciones *ad extra* descuidó con nefastas consecuencias las relaciones internas, perpetuando de esta manera un modelo eclesiológico doble discursivo, que comprendió evangélicamente hacerse cargo de los rostros concretos de los más pobres y oprimidos, pero dejando instalada la asimetría de poder interna, como si nada tuviese que ver con aquella opción eclesiológica, lo que generó rostros y cuerpos vulnerados por los abusos de poder, de conciencia y sexuales.”¹⁰

Las circunstancias del mundo actual hace ya mucho que, al desplazar al cristianismo de su lugar cultural de absoluto privilegio en nuestras sociedades, han dejado caduca la fuerza de esta diferencia; que, por cierto, niega de hecho un fundamento dogmático esencial: que el bautismo compartido confiere plena madurez religiosa a todo el pueblo cristiano. Por otra parte, como ha escrito el cardenal De Kesel, no está para nada dicho en ninguna parte que el cristianismo necesite, para llegar a los individuos, el ambiente de una cultura cristiana —para no remontarnos a la furiosa y muy justificada crítica de Kierkegaard a la que denominaba *cristiandad*, que oponía directamente al cristianismo—.

Cabe definir más por dentro, por así decir, en qué se piensa cuando se habla de *clericalismo* como hace el Papa Francisco. Él mismo ha dicho que se trata de una actitud que “anula la personalidad de los cristianos”, y lo hace en muchos sentidos que tienen directamente que ver con la crisis de los abusos. Ante todo, convierte en menores de edad religiosos a quienes no lo son en absoluto en sus profesiones y en la vida civil en general; pero es que además les quita la palabra crítica que podrían y deberían dirigir a las jerarquías —los clérigos de varios órdenes— y les infunde la perversa idea de que nunca podrán tener razón frente a sus autoridades. Y en ello ni siquiera hace falta combinar el evidente papel de postergación que tienen las mujeres en la Iglesia católica, sencillamente excluidas desde el comienzo de toda entrada en el mundo de los clérigos, con la única parcial excepción de las abadesas y superiores de ciertas órdenes religiosas. Un judío, un protestante, incluso en cierto modo un musulmán son responsables directos de muchas direcciones de su actividad religiosa, y en los dos primeros casos las mujeres han pasado con frecuencia a posiciones de igualdad con los hombres. No ocurre así en el catolicismo y es de temer que tampoco en la Ortodoxia.

10 *Loc. cit.*, p. 131.

Es sencillo considerar las consecuencias que esta situación anacrónica pero para nada cancelada tiene. En primer lugar, el mundo clerical tiende estructural o sistémicamente a vivir encerrado en sí mismo, inaccesible al control de cómo ejerce su autoridad y de cómo desempeña su mismo ministerio magisterial. Es prácticamente inevitable la sensación de superioridad y de independencia que se viene encima de cada persona que se ve en esta posición. Se añade la muy pesada carga de tener papel decisivo en el culto, en especial, en la administración de los sacramentos. Se actúa entonces, según la expresión tradicional, *in persona Christi*, y solo alguien insensato se tomará a la ligera semejante función. Se es, al parecer, un intermediario indispensable entre Dios y el pueblo. El celibato mismo produce también un prestigio de virtud excepcional y fiera soledad en lo íntimo, ya a los ojos de quien está bajo este voto, que agrava la tentación de narcisismo.

Una iglesia en este régimen de vida no está especialmente llamada a atender con sumo cuidado a las debilidades de sus clérigos, por más que una y otra vez los concilios han tratado de disciplinar su formación y sus costumbres. La *maestra en humanidad* corre enorme peligro de sublimar dentro de sus muros lo humano. Desatenderlo es desarmarse de antemano para poder afrontar la pluralidad y la complejidad de la realidad social, en especial desde el hundimiento del *ancien régime*, y ya no digamos en el momento de la globalización económica y la sociedad de la hiperinformación.

De aquí que la crisis de los abusos comporte realmente una crisis general, un tiempo oportuno para una honda transformación sistémica –y paralelamente personal, de cada miembro de la Iglesia y sin distinción entre laicos y clérigos–, que justamente pretenden y fomentan quienes ven con más claridad lo serio del presente y las dudas más que graves que caben sobre el futuro de la Iglesia católica. El movimiento sinodal que ahora se ha puesto en marcha es el complemento indispensable, en el pensamiento y en la acción del Papa actual, a su radical confrontación con las malas prácticas –en múltiples sentidos que solo se han apuntado hasta aquí– anteriores, que mantienen a la Iglesia sumida en un auténtico vértigo de descrédito y de desconfianza en sí misma. Sinodalidad contra clericalismo es la fórmula que se descubre como más prometedora para cualquier futuro depurado, sincero y fecundo de las iglesias en general y de la católica –y la española– en particular. Ya el documento *Sexueller*

Missbrauch ha reclamado un “cambio en las estructuras de poder clerical” y “un examen fundamental del ministerio ordenado del sacerdote y de la comprensión de su papel con respecto a las personas no ordenadas”. Los reconocimientos verbales, la sanción de los individuos culpables, el remordimiento y la petición de perdón expresados públicamente, incluso el pago de compensaciones financieras y el establecimiento de procedimientos de prevención, aun siendo necesarios, “de ninguna manera son medidas adecuadas”. Limitarse a tales cosas imprescindibles podría propiciar, en última instancia, que se preservaran “las estructuras de poder clerical, ya que solo apuntan a los síntomas de un desarrollo indeseable y, por tanto, impiden el debate sobre el problema fundamental planteado por el poder clerical.” Hay, pues, una coincidencia plena con la crítica, arriba citada, de Sandra Arenas.

La religiosa y profesora de filosofía Agata Zielinski se ha referido a la necesidad de romper con este *todo queda entre nosotros* tan característico del “clericalismo” como no consistiendo tanto en “salir de la ignorancia cuanto de la mala fe, o sea, de la autojustificación”.¹¹ En efecto, este clericalismo tan nocivo en todos los sentidos es en gran medida el desentenderse de la “responsabilidad social” que atañe a la Iglesia como a cualquier grupo de la sociedad, aunque a ella, como se dijo desde el comienzo aquí, muy especialmente, ya que esta responsabilidad debería haber estado siempre en el centro de sus miras, sus preocupaciones y sus actividades. Y lo esencial en ella implica que dentro de sus filas mismas, dentro de sus “cuadros” y en la relación de estos con los laicos, la moral evangélica tiene que estar en plena vigencia. ¡Claro que no se trata tan solo de predicarla hacia fuera!

En este sentido, la gestión de la justicia, de la solicitud por el otro, se combina, naturalmente, con una mejora fundamental de la educación afectiva e intelectual de todos los miembros de la Iglesia, aunque muy en especial de los clérigos y los consagrados en general.

4.

A este respecto hay trabajos muy destacados de responsables de la formación en alguno de los grandes seminarios europeos. Es sobre todo el caso del sacerdote y psicólogo Stefano Guarinelli, en Milán. Parte este autor

11 «Une fragilité qui rend libre?» : cap. 4 del libro citado en nota 1. P. 119.

de algo que ya ha quedado dicho y que perfectamente evidente: “La experiencia espiritual cristiana es intrínsecamente afectiva”. Por otra parte, la tesis del antropólogo y psicólogo es que “todo aquello que en mí es afectivo se encuentra en el cruce de mi corporalidad y mi personalidad”. *Es mi cuerpo el que materialmente “produce el afecto que mi personalidad interpreta (subrayo yo)”*. Las consideraciones, dirigidas sobre todo a clérigos en formación, continúan focalizando en el *don de sí mismo* lo esencial de la realización personal –no solo desde el punto de vista cristiano, pero también y primordialmente desde este–. De ahí extrae una consecuencia capital para la cuestión de cómo el celibato, en tanto que tal, no tendría que tener parte alguna en la agudización de los casos de abuso –parece que los datos sociológicos concuerdan con esto–, siempre que sea comprendido con una profundidad que es de temer que no sea universal: “El celibato quiere mostrar de una forma provocativa el don de sí por el reino de Dios que viene, y para ello utiliza un símbolo “fuerte”, como es la renuncia a la intimidad sexual”. El que ha escogido esta opción queda inmediatamente situado en la posición de una cierta ingenuidad ante la realidad, en una paradójica inmadurez que tiene que aprender –no fácilmente– a gestionar. Este aprendizaje, que suplirá lo afectivamente incompleto en principio del célibe, consiste en saber mantenerse en la paradoja de su opción por la vía de entender que “vivir en la lógica del don no consiste primariamente en el desarrollo de la capacidad de dar, sino más bien en el de la de recibir”. Sería un error capital que el clérigo se concibiera a sí mismo como un líder que se limita a enseñar y a la praxis caritativa, sin dar espacio para ser enseñado y ser cuidado, para escuchar, en definitiva.

En este punto ofrece Guarinelli una distinción clave entre la continencia individual y la castidad interpersonal, ya que “es casto aquel que “hace ser” al otro, no se apodera de él, no lo instrumentaliza para sus propios objetivos”. Algo que se capta más fácilmente recordando que lo *incastus* es el incesto, mientras que la relación sana intrafamiliar debería ser lo más opuesto a esto y un ejemplo de la castidad tal como acaba de definirla el autor italiano. Así, la castidad y el celibato se ven como tareas nunca perfectamente cumplidas, pero como ideales existenciales que no comportan necesariamente un estrago de la personalidad que pueda desembocar precisamente en el narcisismo y la agresión espiritual y sexual.¹² Unos años antes enseñaba ya esencialmente lo mismo Amedeo Cencini.

12 Las citas recogen lo esencial del capítulo 4 del libro de Guarinelli *El celibato de los sacerdotes*.

Más duro, aunque parecido, es el diagnóstico del psicoanalista Eugen Drewermann (ya en 1995, en su conocido y polémico libro *Clérigos*). Calificaba ahí de inseguridad ontológica básica la estructura psicológica de un clérigo —en la trama sistémica que ahora llamamos constantemente *clericalismo*—. Tal inseguridad se debe a verse reducido a pensar lo que dicta la jerarquía eclesiástica, y eso le lleva a una fuerte despersonalización de sus actos y al inevitable empobrecimiento de sus relaciones interpersonales. Drewermann citaba a este propósito la conocida y devastadora sentencia de Péguy: “Porque no aman a nadie, creen que aman a Dios”. La peligrosa compensación es el *síndrome del salvador*, fundado en el sentimiento de haber sido elegido para llevar a cabo una gran misión.

5.

Ha habido ya antes de la crisis de los abusos teólogos católicos de primera línea que se han apartado significativamente de la concepción tradicional, agustiniana, de que en el sacrificio de Cristo se trata ante todo del perdón de los perversos, en vez de la identificación con el dolor de las víctimas. No es asunto menor en dónde se pone el acento. Johann Baptist Metz, por ejemplo, ha escrito que “para Jesús el pecado consiste en primer término en negarse a participar del sufrimiento del otro”.¹³ (De hecho, Metz ha hablado abundantemente de cómo la de los que sufren es la única autoridad incondicional). Para Philippe Lefebvre, en su notabilísimo libro *Cómo matar a Jesús*¹⁴, llega a haber indicios en los relatos de la Pasión de abuso sexual, precisamente en concordancia con la misteriosa identificación de Dios con las víctimas que está en el corazón del mensaje cristiano —y que vuelve tan inconcebible en perspectiva cristiana todo intento de matar el espíritu y el cuerpo de los otros, por más que una tristísima serie de errores históricos muestre lo poco que se ha entendido existencial y prácticamente esta inconcebibilidad—. Dice este escritor dominico, exegeta profesional, que “el cuerpo de Cristo es el lugar de todos los humillados, los agredidos, los que han sufrido abusos”. El filósofo

¿Por qué elegirlo todavía?, pp. 99ss. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2015 (trad. Luis Rubio).

13 Véase la recensión global que hacen Matías Omar Ruz, Guillermo Rosolino y Carlos Schickendantz: “Razón anamnética, sufrimiento ajeno y teodicea. Claves de lectura, logros y límites de la obra de Johann Baptist Metz”: *Teología y Vida*, Vol. XLIX (2008), pp. 575 – 603. Universidad Católica de Córdoba (Argentina).

14 Trad. Mercedes Huarte. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2022. Véase sobre todo el cap. 2.

Michel Henry, cuando terminaba su obra con una serie de libros sobre el cristianismo, ha escrito esencialmente lo mismo: toda agresión lo es, además de al prójimo inmediato, a la carne de Cristo. En una entrevista para el periódico *La Croix*, Jean-Marc Sauvé, el responsable principal del famoso y espléndido informe concerniente a la iglesia francesa, llegó a hablar de que las víctimas de los abusos sexuales fueron muchas veces *martirizadas*. Pavel Syssoev ha podido escribir, en continuidad con esto, que “es preciso descubrir el rostro de Cristo en el de las víctimas: ellas son el evangelio que hay que custodiar”.¹⁵ Arenas va en cierto modo más lejos, al pedir, con toda justicia, que se pase de la hermenéutica de la escucha a la hermenéutica de la consulta —que inevitablemente implica introducir en la teología del poder y del liderazgo eclesial a la mujer mucho más allá de como hasta ahora se la integra—.

6.

Volvamos a un terreno de máxima importancia: el del abuso de adultos y, en especial, el que se produce dentro del acompañamiento espiritual, que los teólogos prefieren denominar, en general, con el clásico término *paternidad espiritual*.

Las advertencias desde el seno de la Iglesia se multiplican en los últimos años. Una de las más notables se debe precisamente al prior de la Gran Cartuja, es decir, a la máxima autoridad monacal en la orden para la que el silencio es el modo cotidiano de su vida. Dom Dysmas de Lassus y una serie de colaboradores ha publicado un texto importantísimo, titulado *Riesgos y derivas de la vida religiosa*.¹⁶ Pero en primer término me referiré a la publicación independiente, muy sencilla y de la que espero gran eficacia, *De la paternidad espiritual y sus perversiones*, de la pluma del fraile dominico Pavel Syssoev, así como a testimonios autobiográficos muy interesantes, de los que en España se conoce sobre todo el libro de Hortensia López Almán, exmonja carmelita, *Cuidemos la vida consagrada*.¹⁷

15 En *La paternidad espiritual y sus perversiones* (trad. Mercedes Huarte). Ediciones Sígueme, Salamanca, 2022. P. 85. Ahora se puede completar con el excelente y claro trabajo de Stephanie Butenkemper, *Toxische Gemeinschaften. Geistlichen und emotionalen Missbrauch erkennen, verhindern und heilen* (Herder, Friburgo, Basilea y Viena, 2023).

16 Afortunadamente, traducido ya en BAC.

17 Editorial Círculo Rojo, 2020.

Hay en el principio del drama de este terreno de agresiones morales y físicas el impulso absolutamente radical con el que alguien pide entrar en la vida religiosa, ya sea en el monacato, ya sea en alguna orden conventual. Esta entrega exige maestros, padres espirituales, guías a través de la práctica de la oración, el acomodar a una regla quizá secular la propia vida diaria, y la introducción en la ascética, el rito y la práctica caritativa. No caben aquí por principio ni la soledad ni la mera iniciativa individual. Por lo mismo, toda prudencia en la selección de los maestros de novicios y las maestras de novicias será poca –pero hay ya numerosos testimonios de que realmente ha escaseado demasiado–. El padre o la madre espiritual no puede, para decirlo como Syssoev, convertirse en “el alfa y la omega de la vida interior” de su pupilo. Si se atreve a tal ejercicio de agresión narcisista –“yo soy santa”, fueron las primeras palabras de su maestra a la madre Hortensia–, la serie ascendente de la absorción y la perversidad puede muy bien ser: apoderarse de la voluntad del otro, someter a uno mismo por entero la vida de oración del otro, pero también sus decisiones, sus sueños, *su relación con Dios*. Y una vez alienada plenamente su conciencia, está abierto el camino para abusar de su cuerpo, en definitiva, por fin, de todo lo que es el otro. El daño que de ahí se sigue se puede comparar a los destrozos psicológicos que se han descrito en las víctimas de la pedofilia, solo que en estos casos queda afectada en modo directo incluso la relación de la víctima con Dios. Lo cual exige del agresor una auténtica suerte de sustitución del Espíritu Santo y, por ello, una repugnante fundamentación pseudomística de su perversión. En definitiva, es verdad –y lo saben en el fondo víctima y agresor– que solo Dios puede dar a Dios, y de aquí que sea imprescindible este recurso que revuelve cualquier conciencia, pero no siempre la de jerarcas que deberían haber evitado la fundación o re-fundación de corrientes “espirituales”, muchas veces “carismáticas”, por parte de una verdadera pléyade de pervertidos, como ha puesto perfectamente de manifiesto, para el caso de Francia, la espléndida investigación de Céline Hoyeau, publicada con el título *La trahison des Pères* en 2021.¹⁸

Syssoev divide las desviaciones de la paternidad espiritual en aquellas que son por defecto y aquellas otras –las que aquí más nos conciernen y son más peligrosas– que pecan por exceso. Su análisis comienza por

18 *La trahison des pères. Emprise et abus des fondateurs de communautés nouvelles*. Bayard éditions, Montrouge, 2021.

resaltar, muy en la vía de la cristiandad oriental ortodoxa, a “José, el taciturno” como icono de la auténtica paternidad espiritual: “acoge el hijo que Dios le da y se entrega por entero a su servicio. Este borrarse a sí mismo es la verdadera buena muerte: la que es nacimiento en la libertad del Espíritu”. Continúa por la afirmación de que precisamente un fallo por defecto –que admite que es cosa muy frecuente– suele ser el comienzo de la búsqueda de un fallo por exceso en quien sigue esperando un padre espiritual.

Una corriente de seguidores de Paul Ricoeur recomienda, a la vista de esta situación, reemplazar en cierto modo el fuerte término de “paternidad” por el de *solicitud*, que el maestro describía como un tipo de reciprocidad –se entiende que, en principio al menos, no del todo simétrica–. Giovanni Cucci resume así el ejercicio de esta solicitud: “El papel de quien acompaña no consiste en decir a la persona lo que debe hacer, sino más bien en ayudarla a dilucidar lo que ella considera mejor para sí misma. Asumir el puesto de la conciencia del otro es, precisamente, abuso de conciencia”.¹⁹ Queda así bien señalada la zona gris entre este tipo de abuso y el abuso espiritual propiamente dicho.

Es en esta línea de la solicitud como hallamos en el informe Sauve, entre sus felices e inteligentes hallazgos y propuestas, la de entender que, como ya antes tuvimos ocasin de mencionar, se trata, en la atencin a las vctimas, de lograr que pasen a *testigos*, es decir, en conceder la evidente verdad –nunca antes de verdad respetada y reconocida– de que su experiencia de sufrimiento y de intentos de reconstruccin suministra un *saber* de importancia decisiva. Sea lo que quiera de la justicia penal eclesistica o estatal, que tambin puede producir efectos muy beneficiosos en las vctimas de abusos, rendir testimonio de ese saber tan horriblemente adquirido en la experiencia y la reflexin posterior ayuda a la sociedad entera a restituirse en la justicia y la verdad –empezando por ayudar, desde luego, a la vctima misma–.

Las vctimas de abusos se encuentran, en efecto, muchas veces, en una situacin nica, que se ha recogido sobre todo, en la meditacin filosfico-antropolgica, con el trmino *desdicha* (*malheur*), en el sentido que le ha dado Simone Weil –vctima del abuso de poder que se padeci en una fbrica de montaje mecanizado en Francia hace casi cien aos ahora–.

19 Vase en conjunto “Los abusos de autoridad en la Iglesia. Problemas y desafos de la vida religiosa femenina”: *La Civilt Cattolica* 4083-4084, agosto 2020.

7.

En principio, la desdicha es puro dolor extremo y extendido a todas las facetas de la existencia de un ser humano –su alma, su cuerpo, su conciencia, su imagen social, su papel en el mundo–, pero que sobrepasa en sufrimiento a cualquier otro, en especial porque incluye un sentimiento completamente desplazado, en absoluto en su lugar, pero siempre presente: el sentimiento de no ser inocente. Como si el daño que otro quiere hacernos llegara a convertirse en mal real de nosotros mismos, cuando eso es lo que no puede jamás ocurrir, salvo que nos volvamos cómplices de quien nos hace sus víctimas. El desdichado no es cómplice de quien lo ha hecho desdichado –si es que hay, como suele ser el caso, alguien en ese papel– y, sin embargo, se siente indigno, humillado en su valor, despreciable. Es perfectamente inocente; incluso cuanto más inocente es, más desdichado puede quizá llegar a ser. Sufre el dolor que no merece de ninguna manera y que nuestro instinto, más que nuestra razón, reclama para el perverso incluso ya en el momento mismo de estar ejerciendo su crueldad para con la víctima. Esta, la víctima, únicamente podrá dejar de serlo, o sea, de ser desdichada, cuando no solo comprenda que es inocente, sino que llegue a la experiencia completa de su haber quedado desde siempre al margen de la maldad que se dirigió contra ella. Pero lo terrible es que este mensaje, el único verdadero y reparador, no puede serle de ayuda más que tras un tiempo hundida en la desdicha. Si se le lanza antes de sazón, lo rechazará con vehemencia y este fiasco de quien quería ayudar retrasará seguramente la restauración del equilibrio personal en la víctima.

El inocente al que desfiguran los torturadores con toda clase de muertes y violaciones se sumerge en la desdicha, pero de ninguna manera en la maldad. Suda sangre, gime como un desesperado, todo se le vuelve oscuridad, no desea ayuda ni compasión, no se acaba de entender a sí mismo; solo es como si hubiera palpado con el interior de su cuerpo y su alma qué inmensa cantidad de mal yace en los corazones de los hombres, y su respuesta es la impotencia de la desdicha. Como Weil dice, esta persona ya no ve nada que amar ni a nadie que la ame o a quien sea ella digna de amar; pero es decisivo que no se le apague el seguir queriendo amar si es que alguna vez vuelve a ser posible. Apenas ha quedado entonces a salvo de la desdicha un infinitésimo del alma, pero con esto basta para que la pura desdicha atraiga el descenso de la gracia cuando así deba al

fin ser. La hora no nos toca a ninguno saberla y, mucho menos, decidirla o anticiparla.

Weil ve con perfecta lucidez que no se engañan del todo quienes se ensañan en su crueldad con otras personas precisamente porque quieren, más que destruirlas, convertirlas en anti-mártires. Desean acabar con el testimonio de que queda bien en el mundo. Nunca lo ha habido, no lo hay ni lo habrá. Este que ahora sufre mi crueldad simplemente era menos fuerte que yo y por eso no se me ha anticipado a maltratarme. Mi crimen lo único que hace es poner al fin de manifiesto que la condición humana es la de una lucha sin tregua no por un territorio, una pareja sexual o unos dineros, sino por dar pábulo a la pura voluntad de poder en que últimamente consistimos.

Weil sostiene –con absoluta verosimilitud– que el desconocimiento de la desdicha impide entender qué es el cristianismo. Por ejemplo, la desdicha no se puede querer ni buscar: se la rehúye, antes incluso de haberla padecido, tan tajante e involuntariamente como un animal evita el fuego. Supone esto que lo esencial en la relación (cristiana) con Dios no es ansiarla y buscarla, sino permanecer esperándola, eso sí, con concentración absoluta. Lo que se debe querer activamente es, en cambio, destruir ídolo tras ídolo y, desde luego, si pese a todo llega la desdicha, continuar en la atención amorosa y aceptarla, aunque parezca que se pierde el desdichado en sus sendas oscuras como en una cueva prodigiosamente larga y enmarañada.

Estas consideraciones de Weil son de directa aplicación en el ámbito de la enmienda urgente de las tergiversaciones de la paternidad espiritual, porque acentúan muy vigorosamente la radical soledad del individuo ante Dios, por más inserto que esté en la trama de una comunidad. Y también porque trazan una línea divisoria de extrema inteligencia entre lo que es actividad y lo que es pasividad y paciencia en este delicado fuero interno de las personas religiosas. Aquí no es apropiado desarrollar estas consecuencias, pero es imprescindible hacerlo respecto de la formación de seminaristas y religiosas.

En inmenso contraste con esto, las investigaciones de M. Keenan han demostrado que los clérigos abusadores suelen partir de una imagen de Dios dura y negativa; de una relación con Dios basada en el miedo y la culpa y, para nada, en el amor incondicional.

8.

Finalmente, es muy digna de ser recogida una propuesta procedente de un sabio jesuita aún joven, Guilhem Causse, que está recibiendo apoyos interesantes.

Esta propuesta parte de los riesgos que comporta no llegar al perdón pleno sino detenerse, sin saberlo, en lo que Vladímir Jankélévitch designaba como *causiperdones* o *similiperdones*. Se trata del evidente riesgo mayor que acompaña siempre a un proceso de justicia restaurativa, en el que el victimario puede recibir más consuelo (y más indulgencia) que la víctima si los tiempos se apresuran, si el proceso es prácticamente una exigencia de la institución en que se produjo la vulneración de la víctima, o si el mediador carece del tacto, los conocimientos y la madurez que se precisan en este terreno tan resbaladizo.

Demos por supuesto que se ha reconocido desde el principio, en cualquier proceso de escucha y reparación (que ya es verdadera justicia restaurativa, aunque no intervenga el agresor), que hay que prevenirse contra hablar tanto de las personas vulnerables. Las hay, desde luego; pero la mayor parte de los casos se descubre en la agresión que todos somos vulnerables y que, de hecho, es el ataque mismo, la vulneración misma la que lo muestra. Este punto es esencial para que no termine una víctima siendo revictimizada constantemente por la idea de que ella tenía ya de antemano algo que propiciaba que fuera agredida.

Partiendo de ello, queda claro que hay muchos procesos de sanación que no tienen necesidad alguna de un encuentro final entre agresor y víctima. En cierto modo, la escucha, la renovada solicitud de la comunidad y de alguna persona en concreto, actúan de sacramento de reconciliación en el que la víctima se reconcilia, efectivamente, con su antigua iglesia, con Dios y consigo misma —nadie se puede perdonar a sí mismo, pese a lo que la jerga psicológica dice con frecuencia; pero es imprescindible acomodarse a vivir consigo mismo aceptándose y queriéndose—. Si no se comprende que esto es la verdad del proceso de atención solícita a las víctimas, no se podrá ver que en el final importa mucho más algún rito propiamente sacramental que el encuentro con el victimario. La comunidad es perdonada por la víctima porque sinceramente le pide perdón y ejercita con ella un proceso de justicia —quizá en varios sentidos, incluido el penal—. Nadie, ni Dios, desde luego, tiene nada que perdonar a quien

ha sido vulnerado –aunque la víctima, si se ha conservado en el interior de su iglesia, seguramente habrá recurrido al sacramento de la penitencia como otro recurso más para verse libre de la vergüenza y de esa apariencia de culpabilidad que hay en la desdicha y en la revictimización–. Pues bien, Causse propone crear un rito nuevo de celebración cuando el proceso piense la víctima razonablemente que ha llegado a culminar. Este rito inédito de reconciliación deberá ser una aportación que las propias víctimas hagan a la riqueza litúrgica de su iglesia, y significará –son palabras recogidas de una intervención oral de este pensador–²⁰ una piedra de toque en las bases de la reforma estructural que, como se ha visto en las páginas anteriores, necesita ya, ahora, la Iglesia.

BIBLIOGRAFÍA

- Butenkemper, Stephanie. *Toxische Gemeinschaften. Geistlichen und emotionalen Missbrauch erkennen, verhindern und heilen*, Herder, Friburgo, Basilea y Viena, 2023.
- Causse, Guilhem. *Le geste du pardon. Parcours philosophique en débat avec Paul Ricoeur*. Kimé, París, 2014.
- Comeau, Geneviève. *J'écouterai leur cri. Cinq regards de femmes sur la crise des abus*. Éditions de l'Emmanuel, París, 2022.
- Cucci, Giovanni. *La Civiltà Cattolica* 4083-4084, agosto 2020.
- García Sánchez, Fernando. “Aprendizajes vividos ante el fenómeno de los abusos en la vida religiosa”: *Revista CONFER* 61, 234 (abril-mayo-junio 2022).
- Guarinelli, Stefano. *El celibato de los sacerdotes. ¿Por qué elegirlo todavía?* Trad. Luis Rubio. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2015.
- Hoyeau, Céline. *La trahison des pères. Emprise et abus des fondateurs de communautés nouvelles*, Bayard éditions, Montrouge, 2021.
- Lefebvre, Philippe. *Cómo matar a Jesús*. Trad. Mercedes Huarte. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2022.

20 Recoge esa intervención Geneviève Comeau en su texto citado en nota 1. Causse es un excelente pensador, autor de propuestas acerca del problema del perdón colectivo extraordinariamente agudas. Véanse sus libros *Le geste du pardon. Parcours philosophique en débat avec Paul Ricoeur* (Kimé, París, 2014) y *Le pardon ou la victime relevée* (Salvator, París, 2019).

- López Almán, Hortensia. *Cuidemos la vida consagrada*, Editorial Círculo Rojo, 2020.
- Noel, Jean-François. *Tous mes désirs sont devant toi. Plaisir, Église et sexualité*, Éditions Salvator, París, 2019.
- Portillo, Daniel. *Teología y prevención. Estudio sobre los abusos sexuales en la Iglesia* (Daniel Portillo, ed.). Editorial Sal Terrae, Maliaño, 2020. P. 13.
- _____. *Le pardon ou la victime relevée*, Salvator, París, 2019.
- Ruz, Matías Omar, Rosolino, Guillermo y Schickendantz, Carlos: “Razón anamnética, sufrimiento ajeno y teodicea. Claves de lectura, logros y límites de la obra de Johann Baptist Metz”: *Teología y Vida*, Vol. XLIX (2008), pp. 575 – 603. Universidad Católica de Córdoba (Argentina).
- Segovia, José Luis, Testimonio Anónimo, Barbero, Javier. *Víctimas de la Iglesia. Relato de un camino de sanación (PPC)*, Madrid, 2016 (2022).
- Syssoev, Pavel. *La paternidad espiritual y sus perversiones*. Trad. Mercedes Huarte. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2022.

TRANSITUS IN ALTERUM SEXUM: THOMAS AQUINAS QUIDAMQUE THOMISTAE

GUALTERIUS (WALTER) REDMOND
Austin, Texiae, SUA

SUMMARIUM:

Quaestiones sicut “homo potestne sexum suum transmutare?”, “femina potestne vir fieri?” acriter disputantur hodie, immo ubique. Patet quaestionem praecipue attingere anthropologiam philosophicam. Disputationibus summatim explicatis, doctrinae appositae ostendabuntur Sancti Thomae Aquinatis atque quorundam discipulorum ejus hodiernorum. Denique, disceptatio perbrevis recensa, interpretatio proponetur.

PALABRAS CLAVE:

Sexus, genus, corpus, materia, anima.

TRANSICIÓN A OTRO SEXO: TOMÁS DE AQUINO Y ALGUNOS TOMISTAS

RESUMEN:

Preguntas como “¿Puede un hombre cambiar su sexo?” o “¿Puede una mujer convertirse en hombre?” se discuten enérgicamente hoy en día, de hecho, en todas partes. Está claro que estas cuestiones afectan principalmente a la antropología filosófica. Después de haber explicado brevemente las discusiones, se presentarán las enseñanzas de Santo Tomás de Aquino y de algunos de sus discípulos contemporáneos. En resumen, después de una revisión muy breve de la controversia, se propondrá una interpretación.

PALABRAS CLAVE:

Sexo, género, cuerpo, materia, alma.

Recibido: 06/03/2023

Aceptado: 28/05/2023

SEXUS ET GENUS

Vos saluto comiter, amici, ad praelectionem circa quaestionem quae acriter et acerbe disputatur in patria mea, Statibus Unitis (et alibi crescit rapide): *utrum homo vere possit suum sexum eligere vel transmutare*, sive: *mulier possit transire in virum vel vir in mulierem*? Haec controversia ad anthropologiam philosophicam spectat, et cum noster congressus sit de Aetate Media, auxilium petemus Sancti Thomae Aquinatis et quorundam discipulorum ejus, Thomistarum hodiernorum, ad rem clarandam.

In patria mea haec quaestio, quae tum theorica est tum practica, de transmutatione sexuali aperuit scissionem profundam in populo et circa eam pugnatur in proeliis ferocibus intra bellum culturale. Et quidem ipsi Thomistae, ut videbimus, discrepant in interpretatione doctrinae Sancti Thomae.

Nostra permagni interest in ipso principio stipulari sensum vocabulorum praecipuorum in indagatione nostra. Primo, par verborum “masculus” (sive “mas”) et “femina” *idem* significabunt ac “vir et mulier”. Praeterea, definienda sunt (quantum fieri poterit) vocabula “*sexus*” et “*genus*”, nam distinctio inter ea omnino decretoria erit ad intelligendum ipsum quaestionis statum. Ista duo vocabula comprantur cum paribus vocabulorum in nostris linguis vernaculis, utputa Hispanica et Lusitana (*sexo - género, gênero*) et Anglico (*sex-gender*).

“*Sexus*” plus minusve adaequat nostro “sexo” (id est, “mar vel femina”), sed “*Genus*” in sermone Latino non habet sensum “*gender*”, quod non aliter ac “*sex*”, significat marem vel feminam. Quidnam, inquires, significat “*gender*” si eundem habet sensum ac “*sex*”? Vos deprecor igitur ut mihi permittatis dicere “*genus*” pro “*gender*” (*gènero, gênero*), tamquam “genus hominum et mulierum”. Liceat mihi etiam novare (aut saltem fingere) adjectivum Latinum “*genuale*” ad par faciendum cum “sexuale”, ita ut habeamus paria “sexus-sexuale” ac “genus-genuale” (sive “sexed-gendered”).

Tota disceptatio quidem circa “transmutationem sexuum” vertitur in sensibus horum duorum verborum, “sexus” ac “genus”, quorum ambo, quamvis significant virum vel mulierem, a peritis tamen dicuntur habere sensus toto caelo diversos, videlicet: